

I. EL VENENO DE LA LECTURA, DEL PENSAMIENTO, DE LA ESCRITURA

ERA un niño cuando José Jiménez Lozano se encontró en uno de sus libros de texto con una nota que transparentaba, quizá con demasiada claridad, la opinión que el redactor tenía de Miguel de Unamuno. El comentario decía que el bilbaíno era digno de «cola y cincha jumental», lo cual viene a ser tanto un insulto –siempre y cuando estemos de acuerdo en que llamar a alguien asno lo sea– como el deseo de un brutal castigo físico. Pero exabruptos como este dejan un reguero de bilis que cualquier niño curioso estará dispuesto a seguir. Al poco de encontrarse con estas palabras, Jiménez Lozano comenzó a leer a Unamuno y lo hizo, según apunta en sus diarios, con resarcimiento y con la pasión de quien prueba el fruto prohibido y maldito, quedando «envenenado para siempre».¹

Lo que Jiménez Lozano fue pensando al hilo de sus lecturas unamunianas ha ido quedando en artículos, conferencias y libros. Muchos de ellos están dedicados a comentar la novela *San Manuel bueno, mártir* o más bien a comentar lo que le parecía oír palpar en el centro de esta, algo a lo que llamaba el drama de la modernidad. Con esto se refería al conflicto entre el racionalismo positivista y la fe; a la pugna entre lo que se conoce y lo que se podría llegar a conocer. Manuel, su protagonista, sufriría en sus carnes las heridas del drama. A fin de cuentas, se trata de un cura descreído que mantiene a sus feligreses en la fe y alejados de las preguntas que le atormentan a él, que no son otras que las preguntas sobre la vida y la muerte, sobre el amor, la belleza o la risa.

Pero hasta las fiebres literarias se templan con el tiempo y esto mismo, que a principios de los setenta le parecía muy evidente a Jiménez Lozano, deja de serlo sólo unos pocos años después. En 1977 escribe un artículo para el diario *El País* en el que ya dice que el drama del cura es falso y que no hay en la novela ni un ápice de agonía espiritual: que en todo caso sería Unamuno el que sí ha sufrido el deseo insatisfecho del

que quiere –necesita– creer y no es capaz de hacerlo. Y por no dar cuenta del problema, por ser un mero juego dialéctico entre fe y razón, lago y montaña, que no alcanza el tuétano del drama de su autor, la obra pasa a ser para el escritor castellano la menos unamuniana de las novelas de Unamuno.² Una década después, en otro artículo para la misma cabecera, termina por desdecirse del todo. Unamuno ya no tendrá a ojos de Jiménez Lozano ningún tipo de drama espiritual, sino que más bien le parece que ha ido saltando caprichosamente entre el ateísmo y el cristianismo.³

Pero aun cuando la picadura se desinflama y el veneno parece diluirse en el torrente sanguíneo, aparecen nuevos síntomas. En 2008, en el discurso que Jiménez Lozano prepara para su nombramiento como doctor *honoris causa* en Humanidades por la Universidad Francisco de Vitoria, discurso que vuelve a dedicar a la novela, cuestiona una de las interpretaciones que el propio Unamuno dio sobre su obra. En el momento no lo dice, pero lo que hace es explicar las razones por las que doce años antes había escrito *Las sandalias de plata*, una novela en la que vuelve al pueblo de *San Manuel Bueno, mártir* para resucitar al personaje de Blasillo en la ficción y así «enmendar» o hacer prevalecer su lectura sobre el mundo que levanta Unamuno.

Pocos ejercicios de crítica literaria hay más intensos que la reescritura, pues requiere mucho más que una desavenencia o un desacuerdo argumentado. Es quizá la validación de una hipótesis de lectura más extrema, ya que utiliza como herramientas los propios mecanismos de la narración y de la ficción. No origina un texto secundario sino uno nuevo, pleno e independiente. Deriva, como diría Barthes sobre el ejercicio de la crítica, un sentido de una forma que es la obra.⁴

Jiménez Lozano tuvo durante más de treinta años la novela de Unamuno en la cabeza. La rumió, la pensó y la sopesó, la criticó y buscó ponerla a prueba; también se desdijo, desanduvo sus pensamientos y vio en el libro, ahora bajo otra luz, algo con lo que no podía coincidir, de ahí que incluso llegara a escribir una novela tratando de dar una dimensión nueva al problema. Y todo, para finalmente decir en 2011 que de la complicidad con Unamuno había pasado a un distanciamiento notable, salvo en la poesía.⁵

Entonces, ¿por qué insistir en lo diferente, en aquello que parece bifurcarse de uno mismo y alejarse? ¿Por qué volver a aquello que ya no

se entiende o que, sencillamente, resulta disparatado? El veneno, que no es más que metáfora de una obsesión sobrevenida, nos remite a estas preguntas. Hay algunos cuyos achaques y fiebres nos parece que nos enfrentan a la realidad con los ojos y los oídos de otros y que sus alucinaciones nos devuelven un mundo incompleto, borroso o sólo inteligible hasta cierta distancia. Querer ver más nítido y más lejos en el horizonte de otras subjetividades e ideologías, querer ver a través de otros cuerpos y otras biografías aun cuando media una distancia entre nosotros y ellos. Este es el deseo que está en el centro de la obsesión que mueve la lectura, el pensamiento y la escritura. Lo que sigue es el relato de otra picadura, el residuo de un diálogo de años, pero aún abierto, en marcha, con la poesía de José Jiménez Lozano.

II. EL POETA JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

Durante un tiempo, cada vez que Jiménez Lozano publicaba un poemario, este venía acompañado de una disculpa y una promesa. En alguna entrevista aparecía diciendo que ni era poeta ni volvería a publicar poesía y, sin embargo, al poco, tanto la promesa como la disculpa quedaban en entredicho por otro nuevo libro de poemas. Cuando Gurutze Galparsoro le pregunta por esta misma contradicción en 1998, el escritor le responde que ha de deshacerse de los poemas y a la hora de llevar a cabo esta labor se plantea dos posibilidades: o la edición o la quema.⁶ Pero estas y otras *boutades*, exageraciones y amenazas de pasarlo todo por el fuego no esconden más que un gesto de humildad y respeto hacia el oficio poético. Casi todo aquello se dijo antes del cambio del milenio y la pose sólo se puede sostener cuando se ha publicado poco y no cuando ya se acumulan cinco, seis o incluso siete poemarios y no se tiene intención de parar. Y, aun así, el título de no-poeta aún le persigue en artículos y conferencias, como si la anécdota fuera extensible a toda su obra o como si hubiera seguido renegando del marchamo desde entonces. Nada que ver con la realidad. De hecho, cuando se han hecho antologías de sus poemas y se le ha entrevistado sobre su poesía ya en los últimos años de vida, lo ha permitido todo con gratitud, cediendo inéditos y visitas, y mostrando ofrecimiento. Aquellos exabruptos que Jiménez Lozano se empeñó en repetir en los años en los que publicó sus prime-

ros libros de poemas han recibido quizá demasiado crédito. Ya quedan muy lejos. Más cercanas y más cargadas de sentido están la generosidad con la que ha tratado a quienes hemos estudiado su poesía y la consistencia con la que ha seguido escribiéndola desde que publicara sus primeros versos, motivos suficientes como para que nos refiramos a él como poeta.

De ello dan buena cuenta los nueve poemarios que publicó entre 1992 y 2015. Estos son: *Tantas devastaciones* (Fundación Jorge Guillén, 1992), *Un fulgor tan breve* (Hiperión, 1995), *El tiempo de Eurídice* (Fundación Jorge Guillén, 1996), *Pájaros* (Huerga y Fierro, 2000), *Elegías menores* (Pre-Textos, 2002), *Elogios y celebraciones* (Pre-Textos, 2005), *Anunciaciones* (El Gato Gris, 2008), *La estación que gusta el cuco* (Pre-Textos, 2010) y *Los retales del tiempo* (Comares, 2015). Y, en menor medida, aunque también importantes, son los poemas insertos en las entradas de sus últimos diarios y recopilaciones de notas. Concretamente en los fechados en 2002 y editados bajo el título *Advenimientos* (Pre-Textos, 2006) y los sucesivos *Los cuadernos de Rembrandt* (Pre-Textos, 2010), *Impresiones provinciales* (Confluencias, 2015) y *Cavilaciones y melancolías* (Confluencias, 2018). Una pequeña cantidad de estos se hallan publicados como inéditos en el número 340 de la revista *El Ciervo*, en la antología *El precio* (Renacimiento, 2013), en su página web personal, en el cuarto número de la revista de poesía *TEMBLOR - Asidero poético*, en el segundo número de la revista *Ibi Oculus* y en *Poesía para niños de 4 a 120 años* (Antología de autores contemporáneos), editado por Jesús Cotta, José María Jurado y Javier Sánchez Menéndez, en La Isla de Siltolá.

III. LOS DOS RITMOS DEL POETA

Toda poética que se precie avanza, por lo menos, a dos ritmos distintos. Se contrae y se expande simultáneamente, busca conservarse y al mismo tiempo romperse. El escritor mira al frente y aprende, copia, reniega de lo escrito y es llamado por lo que aún está por hacer, pero, a la vez, tiene un par de ojos puestos en sus obsesiones, sus temas recurrentes, sus tics, sus lecturas de cabecera y el sustrato de la experiencia. Estos dos pulsos no entran necesariamente en conflicto porque, conforme el escritor avanza, muchas de las cosas que ocupan el horizonte de la experimenta-

ción desaparecen y otras, poco a poco, conforme se asimilan y se dejan atrás, entran en el campo de visión de la mirada conservadora.

Si atendemos a la manera en la que se conforma una poética hay, al menos, tres tipos de elementos poéticos que deberíamos tener en cuenta: unos que vertebran toda la producción, que la recorren desde los primeros poemas hasta los últimos; otros que ejercen su presencia durante un determinado momento de la obra y aun unos terceros que, incluso recorriéndola de manera permanente, sufren cambios y evolucionan. Parece evidente y lo es, pero obviar lo obvio traería algunos problemas a la hora de encarar estas páginas. Si atendiéramos sólo a los primeros, a lo que permanece de una manera más o menos estable a lo largo de todos los poemarios, a los denominadores comunes de su poesía, acabaríamos elogiando la constancia y coherencia de la poética de Jiménez Lozano, mientras que, si ponemos el ojo en los segundos o terceros, empezaremos a hablar de etapas, del *primer* Jiménez Lozano, del *segundo* o del *tercero*, escindiéndolo con el filo caprichoso de la conveniencia crítica. ¿Cómo, por tanto, dar cuenta de lo que cambia y de lo que permanece? ¿Cómo leer una poética en marcha, que se rehace en cada poemario, sin descuidar su centro, lo que es común a todos los cambios? La respuesta es, también, bastante evidente: mirando dos veces o, mejor dicho, mirando de dos maneras distintas y asumiendo que las dos miradas se complementan. Es decir, primero ver toda su escritura poética como una foto fija poniendo atención en aquellos elementos que la articulan vertebralmente y, luego, más adelante, seguir, como con un *travelling*, su discurrir en el tiempo y la aparición, desaparición y evolución de determinados símbolos, discursos o diálogos intertextuales. Queda así el libro dividido en dos grandes partes: por un lado, un análisis sincrónico –su poética como algo acabado– y, por otro, uno diacrónico de esta como organismo dinámico, en marcha y mutable con cada libro nuevo.

IV. EN TORNO A LA ESTÉTICA Y A LA POÉTICA

Pocos términos hay más escurridizos que el de estética. Tratar de poner el alfiler de la palabra sobre su sentido se vuelve una tarea complicada. Aún más cuando la forma en la que miramos el mundo está estetizada y